

El taller de la historiografía: experiencias, recorridos y propuestas convergentes entre Colombia y el Río de la Plata*

Recibido: 26/04/2023 | Revisado: 30/06/2023 | Aceptado: 24/08/2023
DOI: 10.17230/co-herencia.20.39.6

Patricia Cardona Zuluaga**

azuluaga@eafit.edu.co

Gabriel Samacá Alonso***

gsamaca@uninorte.edu.co

Tomás Sansón Corbo****

slbt@hotmail.com

Resumen Este artículo presenta tres perspectivas metodológicas para emprender investigaciones historiográficas renovadoras. A partir de la metáfora del taller, los autores reconstruyen parte de su trayectoria como historiadores de la historia. En primer lugar, se realiza una aproximación al mundo de los impresos sobre temas históricos publicados en el siglo XIX colombiano, desde una perspectiva que conjuga la preocupación por las materialidades, los formatos y los géneros. En segundo lugar, se plantean elementos que buscan poner en diálogo la historia intelectual y la historia de la cultura escrita como referentes heurísticos y analíticos para pensar una historiografía más allá del análisis textual. Por último, con base en el caso del Río de la Plata, se exponen una serie de argumentos para salir del corsé nacionalista y resaltar la pertinencia de un enfoque transnacional para la historiografía. El texto aporta elementos para una agenda colaborativa que integre decisivamente a la historiografía las contribuciones de otras subdisciplinas de la historia.

Palabras clave:

Colombia, cultura escrita, historia conectada, historia intelectual, historiografía, Río de la Plata.

* Este artículo es resultado de los siguientes proyectos: (1) “La construcción de una cultura histórica desde Colombia: heroicidad, conmemoraciones y usos políticos del pasado, 1880-1930”, Universidad del Norte (2) “Historia comparada de la historiografía rioplatense en los siglos XIX-XX. Surgimiento y consolidación de los estudios, la investigación histórica y los imaginarios sociales en Uruguay y Argentina”, Universidad de

The Historiography Workshop: Experiences, Routes and Convergent Proposals Between Colombia and the Río de la Plata

Abstract The article presents three methodological perspectives to undertake innovative historiographical research. Starting from the metaphor of the workshop, the authors reconstruct part of their trajectory as historians of history. In the first place, an approximation to the world of printed matter on historical issues published in the Colombian 19th century is made from a perspective that combines concern for materials, formats and genres. Then, elements are proposed that seek to put intellectual history and the history of written culture in dialogue as heuristic and analytical references to think about a historiography beyond textual analysis. Finally, based on the case of the Río de la Plata, a series of arguments are presented to get out of the nationalist corset and highlight the relevance of a transnational approach to historiography. The text provides elements for a collaborative agenda that decisively integrates into historiography the contributions of other subdisciplines of history.

Keywords:

Colombia, connected history, historiography, intellectual history, Río de la Plata, written culture.

la República y
(3) “Estrategias y
lenguajes de paz en
Colombia” de la
Universidad EAFIT.

** Profesora
Distinguida de la
Universidad EAFIT,
Medellín-Colombia.
ORCID: 0000-0002-
0182-5595.

***Profesor de la
Universidad del
Norte, Barranquilla-
Colombia.
ORCID: 0000-0002-
8319-2073.

****Profesor de la
Universidad de
la República,
Montevideo-
Uruguay.
ORCID: 0000-0003-
4791-7935

En la ciencia histórica, la metáfora del taller se ha utilizado de manera recurrente para abordar asuntos relacionados con el uso de algunas herramientas metodológicas en la investigación. Quienes acuden a este recurso pretenden mostrar al lector de historia y, en particular, a los historiadores en formación -los “aprendices”, las múltiples formas como se ha producido el conocimiento disciplinar (Curtis, 2003 [1970]). Al respecto, es imposible no recordar el subtítulo de la clásica obra de Marc Bloch en la que sintetizó las claves para formar nuevas generaciones de historiadores (2001 [1993]).¹ El asunto de fondo en el uso de estas expresiones es la vieja discusión en torno al estatus científico, artístico y artesanal del conocimiento social, como bien lo reflexionó hace más de medio siglo el sociólogo estadounidense Charles Wright Mills (1969, pp. 205-236).

1 Nos referimos, claro está, a la famosa *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Existen varias obras que emplean el término *oficio* para referirse al quehacer de los historiadores, ya sea para dar cuenta de la configuración histórica de la disciplina o compartir los abordajes de ciertos tipos de fuentes. Véase al respecto: Moradiellos (2003), Kohut (2009) y Chicangana-Bayona *et al.* (2019).

Ahora bien, en el caso de la historiografía, entendida como aquella parte de la historia que se ocupa de las maneras como se ha hecho la historia, es extraño encontrar el uso de la metáfora artesanal (Mendiola, 2019, pp. 16-28). En su lugar, los balances y estudios historiográficos se presentan como listados de autores, corrientes, escuelas y tendencias temáticas, por lo general concentrados en las tradiciones nacionales de escritura de la historia. Con el fin de tomar distancia de esta concepción, a nuestro juicio reducida, y convencidos de que la historia puede ser un objeto de estudio como cualquier otro, este artículo reúne tres experiencias, recorridos y propuestas para renovar la historia de la escritura histórica en el continente.

Al dar cuenta de nuestras experiencias como historiógrafos retomamos las figuras de la artesanía intelectual que aluden a un trabajo perseverante, manual -y, en muchas ocasiones, casi de filigrana-, para compartir con los interesados algunos de los retos y las soluciones que, en el plano metodológico, conceptual y teórico hemos elaborado a lo largo de los años. Más allá de los itinerarios de cada autor, esta reflexión de segundo orden plantea una articulación con las preguntas, los conceptos, enfoques y debates de otras subdisciplinas como las historias cultural, intelectual y conectada.

Para ello, hemos dividido el texto en tres secciones. En la primera, Patricia Cardona ofrece una síntesis de su aproximación al mundo de los impresos sobre temas históricos publicados en el siglo XIX colombiano, a partir de una perspectiva que conjuga la preocupación por las materialidades, los formatos y los géneros. En la segunda, Gabriel Samacá plantea una serie de elementos que buscan poner en diálogo la historia intelectual y de la cultura escrita como referentes heurísticos y analíticos para pensar una historiografía más allá del análisis textual. Por último, a propósito de sus trabajos en la cuenca del Río de la Plata, Tomás Sansón expone una serie de argumentos para salir del corsé nacionalista en este tipo de estudios que demandan enfoques relacionales. El triple acercamiento propuesto apunta a la apertura de un diálogo metodológico y geográfico que va de extremo a extremo de Suramérica, con la esperanza de aportar elementos para una agenda colaborativa que integre decisivamente la historiografía a la labor académica de los historiadores e historiadoras del continente.

Itinerarios metodológicos de la historiografía del siglo XIX

Para el estudio y la comprensión del pensamiento histórico colombiano en el siglo XIX, es necesario conocer muy bien la época en cuestión y las tradiciones culturales que alimentaron ese pensamiento. Entre ellas, cabe subrayar la herencia letrada heredada de España, la tradición francesa de los siglos XVIII (Silva, 2002, 2015) y XIX, así como los contactos establecidos con Inglaterra y Estados Unidos que signaron la producción del conocimiento histórico.² Además, es fundamental conocer las diversas materializaciones que tuvo, para el caso colombiano, la escritura del pasado, pues, como lo afirma Krzysztof Pomian (2007, pp. 17-59), para hacer historiografía es necesario hacer historia.³ Porque, si bien en Colombia (llamada Nueva Granada hasta 1863) se daban prácticas de escritura histórica que recogían, sintetizaban y presentaban los acontecimientos que habían dado origen a la República de Colombia, estos seguían adheridos a cierta idea de testimonio en la medida en que se privilegiaban aquellos relatos de los que el autor había sido testigo y actor.⁴

Por su parte, el estudio historiográfico demanda la ubicación de los textos históricos en contextos de discusión intelectual, política e ideológica cuyas tensiones se traslucen en las diferentes publicaciones sobre el pasado. En tal sentido, no pueden leerse como obras aisladas, producto de una mentalidad ingeniosa o patriótica. Por ejemplo, la *Historia eclesiástica y civil* de José Manuel Groot (1889), su tono apologetico y su defensa de la Iglesia, se expanden maravillosamente cuando se la entiende como una réplica al libro de José Antonio de Plaza quien, en nombre de la república y del liberalismo, hacía responsables de muchas de las desventuras del país al pasado hispánico y a su adscripción religiosa.

2 Para un balance de la escritura histórica en Colombia, véase Melo (2020).

3 Para el caso colombiano, véase Cardona (2016).

4 Verbigracia: los diez volúmenes de la *Historia de la revolución de la República de Colombia*, de José Manuel Restrepo (1827); el *Compendio histórico del descubrimiento y la colonización de la Nueva Granada*, del general Joaquín Acosta (1848), y las *Memorias para la historia de la Nueva Granada*, de José Antonio de Plaza (1850a).

A pesar de la importante producción historiográfica desarrollada en Colombia en los últimos años, y de las diversas iniciativas para sistematizar y sintetizar las investigaciones que se han hecho al respecto, aún falta una visión menos endogámica del problema. En nuestra opinión, las investigaciones siguen siendo excesivamente localistas, centradas en problemas nacionales y regionales, sin que, por ejemplo, se hayan logrado establecer nexos con las producciones de Venezuela, Ecuador y Panamá, países que comparten un pasado común. Tampoco hay trabajos que estudien la historiografía latinoamericana en un contexto andino, suramericano o iberoamericano, tarea que habrá que enfrentar en los próximos lustros, y para la cual es importante la existencia de redes que permitan poner en circulación diversos trabajos y balances sobre la producción historiográfica de Iberoamérica. Sin embargo, además de las discusiones locales e internacionales sobre la naturaleza del saber histórico, de su condición de relato propedéutico o de conocimiento del pasado útil para el presente y el futuro, la historia tiene unas manifestaciones materiales que, al ser estudiadas, ayudan a entender su lugar y utilidad en la sociedad en momentos determinados.

Ahora bien, no se pretende dar la falsa impresión de que en Colombia no hubo producción histórica alguna. Al contrario, en el país fueron abundantes los textos que se ocuparon del pasado; no obstante, estos todavía seguían el modelo de la historia *magistra vitae* en la que primaba el relato y donde las huellas de historicidad permanecían vinculadas al comentario y a la autoridad de los testigos de los hechos. Así pues, la escritura histórica aún no respondía de manera contundente a los criterios de objetividad y referencialidad que empezaban a imponerse. Por otro lado, se carecía de bibliotecas y archivos organizados que permitieran la ubicación precisa de la documentación, y el propósito seguía vinculado a mantener un gesto memorioso y propedéutico para el porvenir. Ante todo, esas producciones estaban centradas en vindictas y defensas públicas sobre las actuaciones de prohombres durante la Independencia; en obras de teatro que lograban, gracias al recurso de la performatividad, la divulgación del pasado patrio entre letrados y no letrados, y también en libros escritos en primera persona que cumplieron una función

esencial en todo ese proceso de registro y síntesis del pasado, ya que sus autores buscaban explicar, justificar y encomiar sus acciones en el marco de la guerra y la política.

A pesar de la carga de subjetividad y de las tendencias ideológicas que caracterizan a las memorias, estas permiten entender móviles y confluencias políticas que signaron una época, así como ciertos actores, agentes y pugnas entre ellos. Este tipo de escritos impone retos al historiador. Por ejemplo, Jacob Presser (2010) señala la necesidad de dejar de leer esos textos como si de literatura se tratara, pues es en la referencialidad, en la facticidad de sus contenidos, donde se asienta su propia existencia y definición.⁵ Por ello, Presser reivindicó el potencial de las memorias como fuente histórica, sin dejar de subrayar la importancia de leerlas en contexto y mantenerse alerta, no solo para reconocer falsaciones o tergiversaciones, sino para ir más allá, es decir, comprender y explicar el porqué de tales prácticas, lo que sin duda da como resultado una información más rica y matizada de los fenómenos.⁶

Por otro lado, las vindicaciones, que con frecuencia aparecen publicadas en periódicos o folletos, sobre todo durante los primeros años de la Independencia, ayudan a entender las distintas versiones sobre los actores y los acontecimientos, además de las pugnas ideológicas presentes en dichos asuntos. Este tipo de escritos sobre el pasado pone en tela de juicio una versión generalizada de la propia persona o de algún antepasado, y aporta importantes datos sobre hechos fácticos que, en contraste con otros textos, permiten vislumbrar con mayor claridad luchas personales, ideológicas e intereses en pugna. Todo ello se trasluce, con mucha frecuencia, en los textos históricos que se produjeron *a posteriori*.

En el proceso de formación de la historia como una disciplina diferenciada de otras formas de representar y expresar el pasado, fueron fundamentales gestos culturales que evidencian una nueva

5 La inquietud por los testimonios fue una constante en la obra de Presser, producto de su experiencia como judío condenado a la “solución final” en un campo de concentración. También puede consultarse la noción de autodocumento en el contexto latinoamericano en Aristizábal (2012).

6 Sobre memorias e historia, véase Cardona (2019, 2021, 2022).

visión del pasado y una definición un tanto inédita de sus huellas. Entre ellos cabe mencionar la formación de colecciones documentales con propósitos que rebasaban el deseo de poseer fragmentos del pasado y de los coleccionistas que, luego del acopio de documentos manuscritos e impresos, pensaron en la importancia que estos tenían para quienes quisieran ocuparse del pasado.

En este sentido, se reclama una dimensión concreta y material del saber histórico en el siglo XIX que pasa por la organización de colecciones documentales, la existencia de manuscritos, la publicación de noticias del pasado en diversos formatos y la elaboración e impresión de libros mucho más depurados y basados en fuentes documentales. Este conjunto de condiciones permite vislumbrar, para el siglo XIX, cómo se van organizando y demarcando las condiciones de producción de un saber que cada vez delimitaba mejor sus objetos, definía sus periodizaciones, circunscribiendo sus fuentes y seleccionando sus formas de circulación. Unas veces escrita, o alternándola con la lectura y la recitación oral en otras ocasiones.

Dentro de los géneros y formatos con los que empezó a tomar forma el conocimiento histórico, cabe resaltar los libros de uso escolar que no pueden reducirse a meros vectores o voceros ideológicos de gobernantes maquiavélicos en el poder. En el siglo XIX, estos artefactos respondieron a la construcción de ideales vinculantes en función de la república; de allí el desfile de grandes hombres y acontecimientos que hermanan diacrónica y sincrónicamente a la población. Así mismo, prefiguraban un futuro común que se anunciaba en la épica de los fundadores de la República. En esta confluencia entre saber histórico, materialización, divulgación y utopía podemos estudiar el estatuto historiográfico de los libros populares de historia que promovieron una forma particular del saber histórico, la llamada “historia patria” (Koselleck, 2012, pp. 143-160).

Ese tipo de relato entremezclaba hechos históricos con ciertas estrategias retóricas y narrativas tendientes a emocionar y a movilizar a una población que debía convertirse en ciudadanía, en detrimento de la tradicional posición de súbditos que le era familiar. En Colombia, la producción de libros de historia patria inició en 1850, cuando José Antonio de Plaza, autor de las *Memorias para la historia de la Nueva*

Granada publicó, de manera simultánea, un *Compendio de Historia Patria para los colegios de la República* (1850b). Con este libro, Plaza buscaba mostrar los beneficios de la República frente a la situación precaria que se había vivido durante la Colonia, caracterizada, en general, por la corrupción, la ignorancia y la pobreza.

Los libros de historia de uso popular eran producto del compendio de versiones más o menos establecidas. En la Nueva Granada empezaron a aparecer hacia mediados del siglo XIX, cuando se estableció el canon histórico con periodizaciones e interpretaciones que remarcaban un antes y un después de la Independencia. El cénit de la narración estaba dado por el llamado *grito de Independencia del 20 de julio de 1810*, y la épica de héroes y batallas que habían hecho posible la emancipación de España y la fundación de la República.

En este orden de ideas, ampliar la noción del libro de historia de uso popular evita la concepción ahistórica, rígida y pasiva de las relaciones entre el discurso y la “recepción”, en la que se desintegran las condiciones históricas de lectura y de uso de los textos, así como su performatividad. El sentido es, en este caso, una consecuencia de las relaciones históricas entre los textos (Ricoeur, 2006 [1985]), sus manifestaciones físicas (orales o escritas, eruditas o populares) y la acumulación cultural de una determinada sociedad, en virtud de la cual el lector/oyente se convierte en un “usuario” que apropia y modifica el texto en relación con su experiencia (Chartier, 2004, pp. 480-481).

Los impresos populares partían de los libros doctos, de los cuales se extraían los contenidos considerados más importantes con el propósito de hacer versiones sencillas para poner el conocimiento al alcance de todos. Pero el carácter popular no implicaba el mal uso del lenguaje o la falta de organización textual; la claridad, el orden en las ideas, la secuencialidad de lo conocido a lo ignorado y la elegancia en el estilo, además de una pormenorizada presentación a través de sentencias y párrafos numerados, seguidos de preguntas que facilitaban la memorización de los contenidos, les exigían un cuidado mayúsculo tanto al escritor como a los editores e impresores. El objetivo era que el texto pudiera compendiar de manera rigurosa los aspectos centrales de un saber, siendo a la vez claro, sencillo y preciso.

Los impresos populares cumplieron una importante función en la transmisión de los saberes y conocimientos que habían alcanzado cierto consenso en torno a sus postulados, sus métodos y sus modos de explicar y concebir la verdad. En esta modalidad textual, los escritores cumplían una función divulgativa más que investigativa o crítica, razón por la cual su pretensión no era tanto producir nuevos conocimientos o reflexiones en torno a la verdad en una materia determinada, cuanto dar a conocer aquellos aspectos del saber que eran considerados indispensables para la sociedad. Así pues, es evidente que si hemos construido una categoría como la de impresos populares, señalando con ella ciertas semejanzas en relación con algunas producciones impresas que podríamos resumir como “obras al alcance del pueblo i que puedan asimilarse” (Triana, 1851, p. III), es porque consideramos que esa tipología textual favoreció formas de circulación entre la población letrada y no letrada.

Estos impresos se caracterizaron por su portabilidad, menor número de páginas, manipulabilidad, ediciones sencillas con bajos precios en los mercados, lenguajes al alcance de todos, estructuras narrativas fácilmente comprensibles y oralizables, entre otros atributos. Tales criterios no se pueden construir de manera aislada, es decir, sin estudiar otras modalidades textuales que nos ayuden a precisar mejor los alcances y límites de nuestra fuente, así como su régimen de historicidad.⁷

Designaciones como *compendio*, *rudimento* o *resumen* deben recordar al investigador que su objeto no era tanto el de producir nuevas versiones sobre un ramo particular del saber, sino recoger de la manera más sencilla y clara posible aquellos aspectos que ya se habían formalizado y, por ende, eran susceptibles de aprenderse tal cual aparecían en los impresos. A la par que se estudian los impresos populares y se les asigna un estatuto historiográfico, es necesario mantener en la mira aquellos libros hechos para doctos y eruditos, escritos para el estudio atento de las doctrinas en ellos contenidas.

7 Entendemos el régimen de historicidad como una categoría dialógica que pone en relación el presente de una sociedad con su pasado, mutable en la medida en que cambian las sociedades y con ellas los modos de ordenar y percibir el tiempo, así como sus manifestaciones narrativas y sus experiencias culturales (Hartog, 2007).

Se trata de libros voluminosos pensados para la reflexión de hombres consagrados a las labores del intelecto o, al menos, habituados a la lectura razonada, con mayor disposición mental y cultural para asegurar la comprensión de lo escrito, pues se trataba de textos que tocaban a profundidad y con mayor complejidad los temas.

Esos volúmenes, seguramente, eran el producto de una ardua labor de pesquisa de antecedentes, estudio, glosas, reflexiones y composición por parte de su autor. En estos impresos, que para una mejor diferenciación llamaremos doctos, los contenidos y las teorías se desarrollaban de manera extensa para “lectores iniciados ya en el arte o en la ciencia de que se trata” (Monlau, 1864, p. 177), con el ánimo de alcanzar un conocimiento profundo para el cual era indispensable el “largo estudio de completas y concienzudas obras” (Blair, 1834, p. III). De ahí que su propósito no fuera la repetición memoriosa de un saber, sino el estudio razonado y “crítico” de este. Estos libros no buscaban entretener; esa, por ejemplo, era una tarea que se dejaba a las obras de ficción. Los que estudian, decía Hugo Blair, “lo hacen para saber y no para divertirse” (1834, p. 352).

Para cerrar este apartado, debemos señalar que la materialización impresa de la historia es fundamental para entender su historia y para hacer historiografía. A partir de esta perspectiva es posible renovar el estudio de las maneras con las cuales una sociedad y una época entablan relación con su pasado, así como de las formas escritas mediante las que lo representan. Como vimos, las modalidades en el siglo XIX son variadas: unas veces en la forma de una memoria, otras de una defensa o vindicta, otras tantas en forma de libro erudito, otras en la de un artículo, muchas más en formatos de libros populares (de uso escolar o no). En cualquier caso, el análisis de estas materialidades permite comprender el lugar que ocupa el saber histórico en una sociedad, la relación entre esta y su pasado, así como la configuración colectiva y utópica del futuro (Koselleck, 2005).

Hacer historiografía como historia intelectual

A diferencia de países como Argentina, Chile, México y Brasil, en Colombia la historiografía dista de ser un campo de estudio

consolidado. Tal realidad no significa que esta parte del quehacer de los historiadores sea una *rara avis* en el país. Basta recordar las *Convenciones contra la cultura*, trabajo seminal de Germán Colmenares (1987) que ha gozado de considerable circulación y reconocimiento en el continente (Maiguashca, 2011). A pesar de ello, una de las posibles razones que explica este rezago podríamos buscarla en la reciente profesionalización del oficio que, más allá de las fechas emblemáticas, no cuenta con más de cinco décadas. A esto se le debe sumar la fuerza y el reconocimiento que ha mantenido la tradición académica de la historia, la cual todavía goza de cierta legitimidad entre algunos sectores de la opinión pública y las instituciones estatales.

A pesar de ello, existen visiones panorámicas del recorrido de la escritura de la historia y con algunos trabajos monográficos dedicados a obras clave del siglo XIX (Betancourt, 2020 [2007]; Cardona, 2016; Mejía, 2007, 2009; Melo, 1996). En diálogo con ellos y gracias a sus logros y límites, he construido dos rutas metodológicas para abordar la constitución de una cultura histórica en Colombia que abarca la transición de la historia republicana o fundacional hasta los inicios de la historiografía universitaria. La primera, remite a pensar las academias de historia como espacios de sociabilidad formal que han reunido a letrados interesados en elaborar pasados compartidos. La segunda corresponde a la biografía intelectual con el fin de reconstruir el itinerario de un historiador en la transición del siglo XIX al XX. El período que abarcan estos dos caminos se puede englobar bajo el concepto de *historia patria*, entendida no solamente como aquel saber destinado a la formación de nuevas generaciones, sino como una concepción del conocimiento histórico que se produjo, circuló y apropió en clave suprapartidista.⁸ Sus propósitos fundamentales fueron el afianzamiento de una comunidad nacional, la superación de la polarización política, la erradicación de las guerras civiles y la promoción del progreso y la civilización (Samacá, 2019a).

8 Un excelente trabajo que aborda la dimensión pedagógica de la historia patria es *Historia patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, de Carolyn Boyd (2000).

En el fondo de esta apuesta académica subyace una preocupación por comprender y explicar en sus propios términos la historiografía “tradicional” identificada con las academias de historia. Así pues, el primer estudio que desarrollé sobre esta temática fue de orden regional, enfocado en la historia del Centro de Historia de Santander (CHS), antecedente de la actual Academia de Historia de este departamento colombiano. Este tipo de investigaciones debe luchar, no solo por tomar distancia de la lectura a veces anacrónica que hacen los historiadores profesionales, sino también por trascender la apología y el anecdótico de los miembros de las academias (Samacá, 2011). Ante este doble reto, planteo que las asociaciones, dedicadas al cultivo de un saber, disciplina o profesión, pueden concebirse como espacios propios de la vida intelectual donde se lee, conversa y se encuentran personas con afinidades e intereses comunes. Esto las liga a problemáticas de mayor calado como, por ejemplo, la configuración de la esfera pública en el marco de la modernidad cultural (González Bernaldo, 2008).⁹

La pregunta por las razones, motivos e intenciones de un grupo de hombres, y en menor medida de mujeres, que se reúnen a conversar sobre el pasado regional, me condujo al problema de las *sociabilidades*. Con base en el trabajo de Maurice Agulhon (2009), es posible pensar las academias como un espacio de sociabilidad formal en el cual se daban prácticas de lectura, escritura y encuentro en torno a la construcción de un pasado compartido. Esta perspectiva pone en el centro del análisis el complejo de relaciones que un grupo de élite regional estableció a nivel departamental, nacional e internacional, como factor estructurante de su configuración institucional. Aunado al estudio de los reglamentos internos, la confección de la nómina de socios y los lazos con los poderes públicos, estas sociabilidades eruditas desarrollan actividades públicas de gran impacto en sus contextos inmediatos (Bruno, 2014). Eventos culturales, conferencias, conmemoraciones y publicaciones fueron los espacios sociales en los que se delineó una concepción particular del pasado santandereano (Samacá, 2015).¹⁰

9 Sobre la relación entre sociabilidad y aparición del público, véase, entre otros, Van Horn (2009).

10 Sobre la relación entre conmemoraciones y escritura de la historia, véase Bustos (2017).

En términos de Michel de Certeau, la experiencia investigativa en torno al CHS correspondió a un estudio sistemático del *lugar social de producción* de la historia a partir de una rica documentación institucional, las publicaciones de la entidad e información contextual de la prensa local y regional. Sin embargo, el tema de la historia “tradicional” estaba lejos de agotarse. Antes de su fundación en 1929, el CHS había tenido un antecedente poco conocido cuando fue creado el Centro de Historia de Bucaramanga, filial de la Academia Nacional con sede en Bogotá. Esta información me condujo a centrar la atención en otro nivel del problema, no solo en el sentido geográfico sino en lo atinente a lo político e intelectual. Bajo la premisa de avanzar retrocediendo en el tiempo, emergió el interés por explorar el surgimiento de la historia patria cuya guardiana había sido la Academia Nacional de Historia (ANH). El rastreo bibliográfico fue magro pues, con excepción de los trabajos de Alexander Betancourt (2020 [2007]), Bernardo Tovar (1997) y Sandra Rodríguez (2017), era muy poco lo que se sabía acerca de los inicios de la historiografía académica.

La búsqueda de los orígenes, generalmente infructuosa según Marc Bloch, me remontó al último tercio del siglo XIX como el momento en el que los rasgos fundamentales de la historia patriótica se configuraron en el país. El “dogma documentalista”, la ansiada objetividad y el afán científicista, entre otras características del llamado y mal etiquetado “positivismo” historiográfico, habrían comenzado antes de la creación de la ANH en 1902. En su lugar, los indicios sugieren que la institucionalización del saber histórico fue el resultado de un proceso que tardó varias décadas en cristalizar. Gracias a la existencia de la biblioteca privada y los papeles del médico e historiador bogotano Pedro María Ibáñez Tovar (1854-1919), el mirador pasó de un grupo-institución a la trayectoria intelectual de un letrado que aparecía como uno de los principales animadores de los estudios históricos en el país desde los años ochenta del siglo XIX (Samacá, 2019a).

La existencia de una biblioteca de trabajo conformada por correspondencia personal e institucional, manuscritos de obras, fichas y apuntes de trabajo, documentos originales, listados, cuadros,

prensa y libros glosados me permitió ir más allá del análisis textual de las obras históricas publicadas.¹¹ En este contexto los riesgos mutaron puesto que, ante un corpus tan variado y fragmentado, no podía reemplazar la problematización por la anécdota, el detalle y la minucia. A ello se sumó la necesidad de evitar -o cuando menos controlar- el juicio anacrónico ante una serie de prácticas y preocupaciones propias de algunos letrados que asumieron la tarea de escribir sobre el pasado nacional y local en la transición finisecular. La construcción de un andamiaje teórico, conceptual y metodológico suficientemente flexible ayudó a hallar la salida a los desafíos que imponía el archivo encontrado.¹²

La perspectiva analítica que propongo se acerca a la nueva historia intelectual, la cual permite tomar distancia de aquella forma de historiografía que asume el estudio de las obras de historia exclusivamente desde la textualidad. En su lugar, considero pertinente fijar la atención en las condiciones sociales de producción, circulación y apropiación del conocimiento histórico. Como se sabe, este enfoque pone en primer plano la relación entre “las obras, sus autores y el contexto que las ha visto nacer, de una manera que rechaza la alternativa empobrecedora entre una lectura interna de las obras y una aproximación externa que priorice únicamente las redes de sociabilidad” (Dosse, 2006, p. 14). El sentido de las obras de historia no dependerá solamente de aquello que el historiador pretendía decir, sino de los contextos de discusión, de los debates en los que intervienen los textos y, en especial, las múltiples maneras en que fueron leídos y apropiados por parte de los lectores (Fish, 2012). Con ello se reformulan varios tópicos de la historiografía, entre ellos, las “influencias” de un autor sobre otro, la supuesta coherencia interna de un conjunto de obras y la relación mecánica entre el contenido de un texto histórico, la época en que surgió y la vida personal de los historiadores (Skinner, 2007, pp. 109-222).

11 Recientemente he descubierto el concepto de la biblioteca privada como taller o laboratorio donde concurren diferentes tipos de materiales de trabajo. Véase Farro (2018).

12 El archivo se encuentra ubicado en la Casa Museo Quinta de Bolívar en la ciudad de Bogotá. Formalmente, corresponde a la biblioteca de esta institución que, a su turno, era la biblioteca privada de Ibáñez, cuyos familiares la vendieron a principios de los años veinte.

Este giro representa el paso de las ideas desencarnadas y atemporales sobre el pasado al mundo de las relaciones entre personas y grupos concretos que producen conocimiento histórico gracias al intercambio entre pares y el público, la ejecución de prácticas culturales y la disposición de medios de comunicación y tecnologías de pensamiento.¹³ Una de las consecuencias de asumir este enfoque es la desestabilización de la relación fundante de la tradicional historia de las ideas, a saber: la del autor y su obra. La estrategia para desarrollar el enfoque fue *la biografía intelectual*, entendida como el estudio sistemático de la producción intelectual de un personaje sin supeditarla a los avatares de su vida personal o psicológica. Las trayectorias individuales cobran sentido al inscribir *al autor* en el campo intelectual del que forma parte y que, como enseñó Bourdieu, permite, prohíbe y explica sus comportamientos de acuerdo a ciertas reglas y códigos socialmente definidos (Dosse, 2011, pp. 377-426). Desde mi perspectiva, hacer historiografía implica trascender el análisis de contenido de los libros de historia para reconstruir los procesos y las experiencias formativas de sus autores, las redes de relaciones, las posiciones que ocuparon en el campo historiográfico, los medios culturales disponibles y empleados para difundir las ideas y la recepción de los trabajos, entre otros aspectos.¹⁴

La relación entre un historiador y su obra se plantea en términos de una construcción simultánea e interdependiente, de manera que no es posible pensar al autor por fuera y antes de la producción de la obra misma y viceversa.¹⁵ En este proceso no se puede perder de vista una serie de condicionamientos y circunstancias que trascienden la voluntad individual del escritor, devenido en un autor, gracias a factores objetivos como el mercado editorial, las instancias de consagración, el papel de la crítica, el reconocimiento de los pares, etcétera.¹⁶ En cuanto

13 En la base de esta concepción se halla la crítica a la idea del intelectual como genio creador, la cual ha sido reevaluada desde hace varias décadas; a este respecto, véase Bourdieu (2002) y Charle (2009).

14 Las biografías intelectuales de historiadores no son comunes. No obstante, vale la pena resaltar como modelos el trabajo de François Dosse (2003) sobre Michel de Certeau y el de Enrique Krauze (2007) sobre Daniel Cossío Villegas, para mencionar solo dos ejemplos.

15 Valga mencionar el debate abierto en los años sesenta por Barthes y Foucault sobre la muerte del autor en el sentido del genio individual; véase Foucault (1999, pp. 329-360).

16 Esta concepción se ha desarrollado especialmente para el mundo literario, no así para

a la noción de obra, asumo una definición amplia que incorpora todos los materiales atribuidos a un autor como resultado de una serie de operaciones y gestos escriturales. La obra histórica, objeto de estudio de la historiografía, inicia entonces desde la recolección de la información, la organización y la reescritura de borradores, la preparación de los diferentes manuscritos, hasta llegar a las versiones que pasan a la imprenta donde también se presentan modificaciones de orden técnico, estilístico e incluso de contenido (Chartier, 2006).

Sin embargo, no basta con asumir una perspectiva de análisis por más rimbombante que suene. Además, se requiere elaborar algunas herramientas que permitan poner a prueba el enfoque. En consecuencia, la ruta metodológica que ensayé en mi investigación doctoral dialoga con la *historia de la cultura escrita* desde la que se plantea que no hay texto, en nuestro caso obra histórica, más allá de sus soportes materiales y prácticas que lo hacen posible. De acuerdo con Antonio Castillo (2003), esta forma de la historia cultural asume el estudio de los discursos, las prácticas y las representaciones culturales en torno a la escritura y la lectura de materiales impresos y manuscritos. Entre los problemas que se abordan en esta disciplina se deben considerar las reglas, normas y funciones sociales atribuidas por diferentes agentes e instituciones a la lectura y la escritura, el ejercicio de tales competencias y los usos de las materialidades textuales (Castillo, 2003).

Valga recordar que la historia de la cultura escrita aglutina ámbitos como la escritura, la lectura, la edición, el libro como objeto y mercancía, el comercio de librería, campos diferentes pero conectados por agentes y prácticas que estarían en la base de la producción, circulación y el consumo del saber histórico. En tal sentido, considero pertinente subrayar que toda obra histórica experimenta un ciclo de existencia como parte de las relaciones entre autores, editores, impresores, libreros y lectores, al tiempo que se despliega en y a través de condiciones materiales y discursivas de existencia.¹⁷ Tales factores introducen la centralidad de los géneros

el campo historiográfico. Véase Bourdieu (1997) y Sapiro (2016). Sobre la construcción moderna de la autoría moderna, véase Chartier (1994a, pp. 41-67).

17 Más allá de sus limitaciones y críticas, la referencia para pensar este ciclo de la obra

y los formatos del conocimiento histórico, arista que, como se ha dicho, pasa desapercibida entre los estudiosos de la escritura de la historia.¹⁸ Como lo ha mostrado Cardona (2016) para el caso de las obritas de historia, se impone volver la mirada hacia la historia de la confección de folletos, folletines, libros de gran formato, enciclopedias, diccionarios, entre muchos otros formatos en que ha circulado el saber histórico.

El interés por fijarse en los géneros y formatos de la historia se conecta con las diferentes formas de lectura de que son objeto este conjunto variopinto de materiales impresos. Para ello, retomo los aportes de Roger Chartier quien ha demostrado que historiar la lectura, en cuanto acto creador, está sujeto a ciertas restricciones. Tal opción implica introducir la pregunta por los momentos y modos de lectura, sea esta individual o colectiva, silenciosa o en voz alta, pública o privada, así como por los mecanismos de acceso a los impresos, las finalidades trazadas, esto es, si se concebía y practicaba como instructiva, recreativa o ambas (Chartier, 1994b, pp. 13-40). Hacer de la lectura de la historia un eje de la investigación historiográfica supone pensar y rastrear los públicos a los que iban dirigidas las obras sobre el pasado (lectores ideales) y aquellos quienes dejaron rastros de sus lecturas (lectores reales). Eruditos, estudiantes, mujeres de élite, profesionales liberales, infantes, pero también hombres y mujeres del pueblo bajo, lectores del mundo urbano y rural, todos y todas desplegaron formas particulares de leer los diferentes textos históricos a los que tuvieron acceso en circunstancias y espacios concretos (Mollier, 2013).¹⁹

La segunda práctica relevante al hablar de esta forma de practicar la historiografía es la escritura. De acuerdo con Armando Petrucci, es posible pensar su historia más allá de la mera competencia gráfica y el análisis morfológico para relacionarla, en cuanto tecnología de la palabra, con las condiciones sociales en que se produce, las funciones atribuidas, los modos de realización y las conexiones con

histórica es Darnton (2008).

18 Sobre la historia y el significado del folletín como formato, véase Thérenty (2013) y Chinchilla Pawling (2014).

19 Sobre la vulgarización de la historia a través de la prensa, véase Samacá (2019b).

el poder (Petrucci, 1999, pp. 25-39). Poner el acento en la producción de la escritura remite a los tiempos del escrito; esto es, a una serie de operaciones técnicas de lectura, consulta de información, manipulación de impresos, ejercicios de reescritura, medios y condiciones materiales de dicha práctica. El archivo de Ibáñez me llevó a considerar la lectura y el registro de información a mano, el papel de auxiliares para la captura de datos, el uso de cuadernos de contabilidad o papeles sueltos para la redacción de apartados de sus libros y para la organización de la información, la realización de listas y tablas, entre otras operaciones. Ni hablar de las visitas a bibliotecas y archivos públicos o la práctica de glosar sus propios libros, momentos clave en la escritura de sus trabajos.

Una historia de la escritura de la historia se puede pensar a partir de la noción de *relación de escritura*, la cual remite a los vínculos que un escritor establece con sus respectivos textos a través de diferentes prácticas de escritura y reescritura. Como parte de esta preocupación, la investigación ha de interesarse por establecer y dar cuenta de asuntos como las técnicas y los medios de escritura, los lugares en que se realiza, los gestos y las acciones de revisión, cancelación, corrección e inserción de modificaciones en las sucesivas versiones que experimentan los textos antes de ir a la imprenta. Con ello, procuro tomar consciencia de la lenta y progresiva construcción de las obras en su etapa textual, de apreciar su dinámica por medio de la reconstrucción de sus momentos y fases previas a la publicación (Petrucci, 2011, pp. 103-131).

La propuesta de hacer historiografía con base en los presupuestos y métodos de la historia intelectual dista de agotarse en lo mencionado hasta aquí. Por ejemplo, queda por desglosar todo lo relacionado con los estudios de la historia de la edición y el comercio librero enfocados en las obras de historia. De la misma forma, falta ahondar en los modos en que el enfoque planteado puede renovar el estudio de los contenidos y las representaciones del pasado, centrándose en la dimensión ideológica. Al respecto, en la investigación doctoral advertí los aportes de la historia conceptual a la manera de Koselleck (2005) en cuanto a las redes semánticas que se tejen desde y en torno al concepto de historia (Zermeño, 2009). Finalmente, las escalas

regional y nacional en las que he basado mi experiencia investigativa podrían desplazarse a enfoques más relacionales e interconectados tal y como ocurre en el caso del Río de la Plata, como lo veremos en el siguiente apartado.

Los trabajos de Clío en los Estados de la Cuenca del Plata

Los fenómenos de surgimiento, consolidación y evolución de los estudios históricos en América Latina han sido analizados desde perspectivas panorámicas (Colmenares, 2008 [1987]; De Rezende y Pérez, 2006; Macintyre *et al.*, 2011; Soza, 2013) o en multiplicidad de estudios locales, tantos como el número de entidades políticas independientes que emergieron de la fractura de los imperios ibéricos. En el caso de los países de la Cuenca del Plata (Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay) predominaron, hasta comienzos del siglo XXI, los abordajes particulares circunscritos a las fronteras de cada uno de los Estados-nación. *Grosso modo*, los estudios, elaborados por especialistas -dejando por fuera los innumerables opúsculos encomiásticos- dan cuenta de los autores más importantes, las corrientes dominantes y la propia evolución de la disciplina en orden a cuestiones temáticas, teóricas y metodológicas (Amaral, 1976; Brezzo, 2010, 2011, 2015; Buchbinder, 1996; Carbia, 1925, 1940; Devoto y Pagano, 2009; Halperín, 1996; Malerba, 1996, 2006; Oddone, 1959; Rodrigues, 1949, 1952, 1970).

En general, es posible apreciar cierta coherencia entre la impronta nacionalista de los relatos que formatearon las identidades colectivas y los opúsculos que dan cuenta de ellos. Las versiones historiográficas de carácter endogámico pervivieron durante buena parte del siglo XX, pero resultaron insuficientes para explicar las derivas del conocimiento histórico en estadios superiores de su evolución. Para lograr una intelección cabal del surgimiento y derrotero de la indagatoria del pasado son necesarios estudios comparativos o en clave transnacional. Estos enfoques se registran -salvo el artículo pionero de Joseph Barager (1959)- en la transición

entre los siglos xx al xxi (Barcelos, 2011; Devoto, 2008; Palti, 1996; Peres de Oliveira, 2012; Wasserman, 2008). Son aportes valiosos, pero, en general, referidos a no más de dos casos. Por otra parte, están elaborados según criterios de carácter lineal -sucesión de obras, autores y “escuelas” que influyen unos sobre otros- y articulados en clave de procesos de institucionalización y profesionalización.

La experiencia investigativa de las dos últimas décadas dejó en evidencia que los abordajes diacrónicos de la historia de la historiografía soslayaban ciertos fenómenos sincrónicos que condicionaban la configuración de los campos disciplinares. Informaban de manera eficiente sobre la evolución del conocimiento histórico y de su escritura. Sin embargo, dejaban lagunas en torno a las derivas epistemológicas, los tránsitos intelectuales y la circulación de insumos heurísticos que condicionan la práctica investigativa. Se trató, en un principio, de una intuición que derivó en un problema. La indagatoria se reorientó en torno a las cuestiones relacionadas con el pensamiento histórico y su práctica en un período que comienza en la década de 1830 (con las primeras experiencias de investigación y de difusión de sus resultados) y culmina a mediados del siglo xx (con la configuración de los campos disciplinarios nacionales).

El cerno de la investigación se refería, originalmente, al esclarecimiento de los procesos y las estructuras que pautaron el surgimiento y la consolidación del conocimiento histórico en Uruguay y Argentina, en el marco de una comunidad intelectual denominada “espacio historiográfico rioplatense” (Sansón Corbo, 2011). En ese ámbito, actuó una compleja red de intelectuales dedicados a la investigación cuya labor permitió crear las condiciones de producción de relatos fundantes de cuño nacionalista y generar entornos favorables para el desarrollo de la disciplina. El funcionamiento de ese espacio se articuló en tres dimensiones en torno a las cuales se estructuraron sus dinámicas: una dialógica, de índole inclusiva e integradora, pautada por la colaboración e intercambio de informaciones, insumos y pareceres entre historiadores y corrientes; otra dialéctica, modelada al influjo de polémicas y debates en los cuales se enfrentaron concepciones y métodos divergentes; y finalmente una didáctica, relacionada con la transposición pedagógica de la historia investigada

en historia enseñada. Coexistieron sincrónicamente, pero emergieron de forma diacrónica.

En el caso argentino, por ejemplo, Bartolomé Mitre comenzó, entre las décadas de 1840 y 1850, la urdimbre de sus redes intelectuales (dimensión dialógica). En 1864 polemizó con Dalmacio Vélez Sarsfield y en 1881 con Vicente Fidel López sobre diversos tópicos relacionados con sus interpretaciones de la historia nacional (dimensión dialéctica). Por medio de la *Historia de Belgrano*, inspiró el manual escolar de Juana Manso -publicado en 1862- titulado *Compendio de la Historia de las Provincias del Río de la Plata* (dimensión didáctica). Redes, debates y manuales pueden emerger de forma secuenciada -como en el caso referido-, pero posteriormente interactúan y se realimentan, lo que contribuye a la estructuración de los campos historiográficos.

Diversas variables, surgidas en el transcurso de la indagación, llevaron a incluir los casos de Brasil y Paraguay (Sansón Corbo, 2015). La evidencia documental mostró que autores e instituciones brasileñas ejercieron un influjo determinante sobre la historiografía uruguaya y argentina durante el siglo XIX. La incorporación de Paraguay responde a la necesidad de contar con un caso testigo de articulación tardía de las estructuras historiográficas a efectos de contrastar de manera empírica peculiaridades factoriales y de contexto. El contrapunto entre los cuatro países enriquece el análisis y permite circular con mayor fluidez a través de itinerarios autorales, laberintos institucionales y tendencias teórico-metodológicas.

A título hipotético se formularon algunas explicaciones relacionadas con la diversidad de ritmos de tales procesos, derivadas de las diferencias de escala y de las respectivas condiciones de producción de conocimiento. Los circuitos de relacionamiento e intercambio intelectual adquirieron, a principios del siglo XX, otras dinámicas de funcionamiento. Surgieron nuevas instancias de formación y profesionalización. Se aplicó una estrategia analítica que supone un contraste de miradas panorámicas sobre la historiografía latinoamericana y observaciones episódicas de los casos regionales (Sansón Corbo, 2019). Se trata de una perspectiva disruptiva en relación con los estudios tradicionales sobre el tema en los que prima,

como se ha dicho, la impronta nacional. Esto permitió valorar mejor las estrategias de reformulación de los imaginarios nacionalistas locales, las fases de periodización y las modalidades de articulación de los campos disciplinarios que experimentaron, de acuerdo con la evidencia empírica, una etapa de aceleración -parcial en el caso de Paraguay- entre las décadas de 1930 y 1950. Fructificaron entonces ciertas tendencias renovadoras, de novedades teórico-metodológicas e institucionales que transformaron las prácticas.

Las condiciones de producción de conocimiento variaron en función, entre otros factores, de los procesos de institucionalización y profesionalización de la indagatoria sobre el pasado. Surgieron en los cuatro países las denominadas “nuevas historias” caracterizadas por priorizar temas socioeconómicos y culturales e incorporar actores colectivos como protagonistas del devenir. Las investigaciones se enriquecieron con abordajes interdisciplinarios que favorecieron una mejor comprensión de los problemas del pasado y permitieron desarrollar lo que se ha denominado una “práctica historiográfica integral”.

La renovación fue ostensible en Brasil debido al desarrollo de los estudios histórico-culturales que tuvieron como uno de sus más destacados exponentes a Sergio Buarque. En la Argentina posperonista, la muerte de referentes como Emilio Ravignani y Ricardo Levene, en 1954 y 1959 respectivamente, aceleró el proceso de renovación técnica y temática que impulsaban José Luis Romero y Tulio Halperín. El cambio en Uruguay estuvo ligado a la actuación de los primeros egresados de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República y del Instituto de Profesores Artigas, quienes pusieron en cuestión los paradigmas de la tendencia tradicional y participaron en proyectos de investigación interinstitucionales e internacionales (uno de los casos paradigmáticos fue el de José Luis Romero, Gino Germani y Juan Antonio Oddone, relacionado con la inmigración). Paraguay fue una excepción debido a las condiciones epistémicas imperantes durante la dictadura de Alfredo Stroessner, que ralentizaron las tímidas propuestas de los historiadores liberales.

Las investigaciones más recientes permiten identificar una serie de variables muy importantes -y casi inexploradas en clave transnacional- relacionadas con las transformaciones procesadas

en la práctica profesional en las décadas de 1950 y 1960. Se trata de la incorporación efectiva de mujeres en la labor historiográfica -directamente soslayadas en las obras canónicas sobre historia de la historiografía (elaboradas por varones) o apenas referidas en evocaciones episódicas y de manera subordinada (“discípulas de...”, “formadas con...”). Otra variable digna de mención corresponde a los efectos de las derivas autoritarias sobre las condiciones de producción de conocimiento, factor fundamental para explicar tanto la ralentización de las transformaciones que estaban en curso cuanto la alteración general del funcionamiento de los campos disciplinarios, a partir de 1954 en Paraguay, 1964 en Brasil, 1973 en Uruguay y 1976 en Argentina. Se trata de cuestiones en torno a las cuales se publicaron algunos avances a modo de prospecto (Sansón Corbo, 2021a, 2021b, 2022, 2023).

Los procesos generales se analizan desde una perspectiva braudeliana y en clave de historia comparada, con el fin de apreciar las variaciones y permanencias (metodológicas y epistemológicas) que los pautaron. Se pone especial énfasis en el análisis de las coyunturas disruptivas que contribuyen a explicar los ritmos evolutivos de los casos particulares. La base heurística está constituida por la documentación particular de autores como Andrés Lamas, Alberto Palomeque, Pablo Blanco Acevedo, Emilio Ravignani, Ricardo Levene, Carlos Pastore, Juan Pivel Devoto y Juan Oddone. Estos fondos documentales están integrados por fuentes de carácter institucional y personal que permiten revisar itinerarios intelectuales, explicar posicionamientos teórico-metodológicos y reconstruir redes intelectuales. Se privilegiaron las fuentes epistolares debido a su utilidad para entender las modalidades de funcionamiento de las redes intelectuales. La carta es un documento privado, confidencial y “sincero” a través del cual se expresan ideas, sentimientos y proyectos. Resulta relevante, en función de sus potencialidades heurísticas y epistemológicas, para investigaciones de historia de la historiografía, historia intelectual, historia de las ideas, historia conceptual e historia de las instituciones.

La indagatoria se realizó siguiendo los itinerarios bio-bibliográficos de Andrés Lamas (1817-1891) para el siglo XIX, Juan

Pivel Devoto (1920-1997) para la etapa de definición de los campos disciplinarios (décadas de 1930-1950) y Juan Oddone (1926-2012) para el surgimiento de la Nueva Historia (décadas de 1950 y 1960). Se trata de tres autores uruguayos que fueron, en sus respectivos momentos, agentes referenciales de la historiografía rioplatense. Referiremos, a modo de ejemplo y de forma sucinta, el caso de Pivel Devoto. Las tramas vinculares establecidas entre los investigadores latinoamericanos durante el siglo XIX se articulaban en instancias de relacionamiento abierto y “público” (emprendimientos editoriales y membresías en corporaciones académicas) o restringidas y privadas (intercambios epistolares). En la primera mitad del siglo XX las redes se formalizaron e institucionalizaron. Este proceso tuvo una etapa de aceleración entre las décadas de 1930 y 1950-60 como resultado de la renovación teórico-metodológica, la creación de centros superiores de formación y la fundación o consolidación de corporaciones académicas de perfil asociativo.

Juan Pivel Devoto fue uno de los historiadores uruguayos más importantes del siglo XX. Su producción es abundante y está dispersa en libros, prólogos y multitud de artículos. Se ocupó especialmente de asuntos como el artiguismo, la historia económica y política, y la consolidación del Estado y de la nacionalidad. Fue un referente para historiadores de diversas latitudes. Se transformó en un nodo articulador de una extensa red de investigadores. En su archivo particular se conservan cientos de cartas que dan cuenta de esos intercambios (Sansón Corbo, 2020). El epistolario integra la “Colección Juan Ernesto Pivel Devoto”, custodiada en el Archivo General de la Nación de Montevideo. La correspondencia remitida a Pivel entre las décadas de 1930 y 1950, por parte de historiadores latinoamericanos, es particularmente relevante para el conocimiento de los procesos de configuración de los campos historiográficos rioplatenses entre las décadas de 1930 y 1950-60.

El corpus epistolar está conformado por 759 piezas (715 remitidas por colegas o instituciones de América Latina, 37 de Uruguay, 3 de EE. UU. y 4 de España) en las que se registran las huellas de la actividad de los investigadores que, en ese período, favorecieron la generación de los consensos necesarios que transformaron las

prácticas. Prevalcieron los contactos con colegas de la región platense: argentinos (79,4 % de la correspondencia), brasileños (8,4 %) y paraguayos (2 %). Las relaciones con autores de otras latitudes fueron menores: México (1,3 %), Chile (1,1 %), Bolivia (0,8 %), Colombia (0,1 %), Ecuador (0,1 %), Perú (0,1 %) y Venezuela (0,4 %).

El predominio de correspondencia de argentinos se debe a factores como la cercanía geográfica, la participación en eventos académicos, el interés por temas comunes y las tradiciones histórico-culturales compartidas. Los vínculos brasileños fueron menores. Se establecieron en 1934, en el marco de una estancia de investigación de Pivel en Río de Janeiro que le permitió conocer a varios de ellos. Entre los que le enviaron más cartas se destacan Walter Alexander de Acevedo, Aurelio Porto y David Carneiro (50 %, 12,5 % y 4,7 %, respectivamente, del total de misivas remitidas por brasileños). En el caso de los paraguayos se destaca la correspondencia de Antonio Ramos y de Julio César Chaves (53,3 % y 33,3 %, respectivamente, del total de misivas enviadas por autores de ese origen).

Los tópicos contenidos en las cartas eran muy variados. Mayoritariamente se vinculaban a intercambios, consultas o solicitud de insumos para la investigación. A través de esa intrincada red de contactos entre los principales autores de la época, se pueden conocer asuntos tales como la circulación de insumos bibliográficos y la articulación de consensos heurísticos y hermenéuticos de carácter disruptivo. Se identifican las tensiones y las tendencias sobre cuestiones como la difusión y recepción de modelos interpretativos y preceptivas metodológicas. Es posible, además, estudiar las estrategias institucionales y las iniciativas profesionalizantes que impulsaron, con diversidad de ritmos, las derivas del conocimiento histórico y propiciaron la emergencia de “nuevas historias” en los países de la región platense.

* * *

No podemos arribar a las conclusiones sin mencionar las limitaciones, los obstáculos y retos que en cada una de las tres trayectorias hemos experimentado. En términos generales, es común el desafío documental para fundamentar investigaciones como las

que hemos descrito aquí. La inexistencia de archivos de historiadores de tipo privado, así como las dificultades en el acceso a los repositorios institucionales de academias y universidades, impide en ocasiones dar cuenta del funcionamiento detallado de aquellos lugares sociales dedicados a la producción de conocimiento histórico. A esto debemos sumarle el lugar subordinado que ocupa la historiografía en el seno del campo historiográfico, por lo menos en algunos países latinoamericanos donde se considera secundario investigar la historia de la historia. Finalmente, a pesar de las declaraciones de intención, no es fácil escapar a la camisa de fuerza del nacionalismo metodológico, el cual muchas veces impide trascender las fronteras nacionales para considerar problemas y procesos similares en diferentes regiones del continente y del mundo. He ahí una de las razones por las cuales decidimos trazarnos como objetivo apuntar hacia visiones donde comience a tener más fuerza la interconexión de nuestras historiografías.

Conclusiones

A nivel global, la historiografía actual tiende a la incorporación de diferentes herramientas, preguntas y procedimientos provenientes de las más variadas subdisciplinas históricas. Por ejemplo, los estudios con perspectiva de género o aquellos que hacen parte del llamado giro material se han incorporado a los trabajos sobre la práctica historiográfica de los siglos XIX y XX.²⁰ En nuestro caso, los itinerarios de cada uno de los autores, así como los diálogos e intercambios establecidos desde hace algún tiempo, pueden ser considerados otra manifestación de dicha tendencia. Si se tratara de rotular, estaríamos cerca de los aportes de la historia intelectual, de la cultura escrita y del *global turn* con el ánimo de superar los marcos nacionalistas y textualistas del quehacer histórico.

Las experiencias de trabajo que hemos descrito convergen en la pretensión de radicalizar la historicidad del conocimiento histórico. Esta apuesta implica reparar de manera sistemática en las relaciones

20 A manera de ejemplo, véase Smith (2021).

sociales que se hallan en la base de la producción de textos históricos, sus condiciones materiales e intelectuales de posibilidad, las conexiones con el poder y las jerarquías epistemológicas, intelectuales y culturales que pasan desapercibidas en los análisis de contenido de las obras históricas. A ello se suma el lugar preponderante que ocupa la propuesta del juego de escalas que Jacques Revel acuñó hace ya varios años. Si bien la escritura/lectura de la historia moderna se halla por completo ligada al Estado nacional, recientemente ha cobrado relevancia reconstruir los nexos sub y transnacionales a través de diferentes caminos como la circulación de obras, la apropiación de escuelas y corrientes historiográficas, los vínculos entre los productores del saber mediante el intercambio epistolar y la realización de eventos académicos internacionales.

El hecho de compartir experiencias de investigación sobre la escritura de la historia en lugares tan diferentes en muchas dinámicas, pero cercanos en otras, como Colombia y el Río de la Plata, plantea la posibilidad de diálogos fecundos sobre diversas problemáticas. En términos de una agenda compartida y colaborativa que pueda ser asumida por diferentes investigadores, podemos considerar cuestiones relacionadas con la construcción de las “historias patrias” por parte de los historiadores aficionados y profesionales, examinando cómo se definen y transmiten los mitemas nacionalistas en los planes de estudio, programas y manuales de enseñanza de la historia. En esta labor ha de incluirse el rol de los docentes, tan descuidado por la historiografía y que serviría de punto de contacto con la historia cultural de la educación. Por otro lado, es pertinente reiterar la necesidad de investigar el diseño y la implementación de políticas de historia y memoria que puedan estar influenciadas por partidos políticos y los intereses de los Estados.

Gracias a las investigaciones realizadas por cada uno de los autores sabemos de las conexiones existentes, desde hace por lo menos un siglo, entre letrados, coleccionistas e historiadores del Cono Sur y el mundo andino. Aunado a estos contactos, todavía por explorar sistemáticamente, también consideramos pertinente estudiar la influencia de las tradiciones intelectuales europeas en

la historiografía latinoamericana, considerando la existencia de al menos dos grandes subregiones, como lo planteó hace algún tiempo el historiador ecuatoriano Juan Maiguashca. Nos referimos al norte de Suramérica y el contexto rioplatense, sin dejar de lado las dinámicas del mundo brasilero y el bloque que representa el mundo centroamericano y mexicano. Tales estudios, cuyo desarrollo solo podrá realizarse en redes colaborativas debido a las dimensiones que pueden alcanzar, contribuirían a repensar las periodizaciones estancas entre las “viejas” y “tradicionales” historiografías académicas y las “nuevas” historias profesionales y universitarias.

En su conjunto, las perspectivas expuestas desembocan en una consideración más contingente de los relatos históricos en donde el componente ideológico, si bien está presente, se complejiza en aras de mostrar los avatares y ritmos diferentes que ha experimentado la configuración de los campos historiográficos nacionales. En consecuencia, problemas clásicos de la historiografía como la institucionalización y la profesionalización de la labor de los historiadores se pueden enriquecer al repensar y profundizar el lugar del conocimiento histórico en las sociedades modernas. A medida que el campo se delinea con mayor claridad, reiteramos nuestra convicción en compartir el *taller de la historiografía*, en especial para quienes manifiestan de manera espontánea algún interés por la reflexividad sobre su quehacer, y para un público general que debe saber que la historia también es susceptible de investigación histórica 

Financiación

Este artículo financiado por las siguientes instituciones:

1) Vicerrectoría de Investigación, Creación e Innovación de la Universidad del Norte (Barranquilla), código: 2023-014. Proyecto: “La construcción de una cultura histórica desde Colombia: heroicidad, conmemoraciones y usos políticos del pasado, 1880-1930”; dirigido por Gabriel Samacá Alonso.

2) La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (Uruguay). Proyecto: “Historia

comparada de la historiografía rioplatense en los siglos XIX-XX. Surgimiento y consolidación de los estudios, la investigación histórica y los imaginarios sociales en Uruguay y Argentina”, dirigido por Tomás Sansón Corbo y 3) La Vicerrectoría de Ciencia Tecnología e Innovación de la Universidad EAFIT, código 881000001. Proyecto: “Estrategias y lenguajes de paz en Colombia”; dirigido por Patricia Cardona Zuluaga.

Referencias

- Acosta, J. (1848). *Compendio histórico del descubrimiento y la colonización de la Nueva Granada en el siglo decimosexto*. Librería colombiana Camacho Roldán & Tamayo.
- Agulhon, M. (2009). *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848* (M. Polo, Trad.). Siglo XXI.
- Amaral Lapa, J. R., do (1976). *A história em questão. (Historiografia Brasileira Contemporânea)*. Vozes.
- Aristizábal, C. (2012). *Autodocumentos hispanoamericanos del siglo XIX. Fuentes personales y análisis histórico*. Hamburger Lateinamerikastudien.
- Barager, J. (1959). The Historiography of the Rio de la Plata Area Since 1830. *The Hispanic American Historical Review*, 39(4), 588-642. <https://doi.org/10.2307/2510383>.
- Barcelos, A. P. (2011). *Diálogos sobre a Escrita da História: Brasil e Argentina (1910-1940). Ibero-americanismo, catolicismo, cooperação intelectual, (des)qualificação e alteridade*. Fundação Alexandre de Gusmão.
- Betancourt Mendieta, A. (2020 [2007]). *Historia y nación. Tentativas de la escritura de la historia en Colombia* (2.^a ed.). Universidad del Rosario.
- Bloch, M. (2001 [1993]). *Apología para la historia o el oficio de historiador* (2.^a ed., M. Jiménez y D. Zaslavsky, Trads.). Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (1997). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* (T. Kauf, Trad.). Anagrama.
- Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto* (M. Pou, Trad.). Montessor.

- Boyd, C. (2000). *Historia patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*. Pomares-Corredor.
- Brezzo, L. (2010). La historia y los historiadores. En I. Telesca (Coord.), *Historia del Paraguay* (pp. 13-32). Taurus.
- Brezzo, L. (2011). En el mundo de Ariadna y Penélope: hilos, tejidos y urdimbre del nacimiento de la historia en el Paraguay. Estudio crítico a Cecilio Báez y Juan E. O’Leary. En R. Scavone Yegros y S. Scavone Yegros (Comps.), *Polémica sobre la historia del Paraguay* (pp. 13-65). Tiempo de Historia.
- Brezzo, L. (2015). Susurros y fragmentos. Notas en torno a la escritura de la historia en el Paraguay. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, (15), 1-13. <https://bit.ly/3UYQvSl>.
- Bruno, P. (Dir.). (2014). *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Buchbinder, P. (1996). Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, (13), 59-82. <https://bit.ly/3KZ233P>.
- Bustos, G. (2017). *El culto a la nación. Escritura de la historia y rituales de la memoria en Ecuador, 1870-1950*. Fondo de Cultura Económica y Universidad Andina Simón Bolívar, sede Quito.
- Carbia, R. (1925). *Historia de la historiografía argentina*. Coni.
- Carbia, R. (1940). *Historia crítica de la historiografía argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI*. Coni.
- Cardona Z., P. (2016). *Trincheras de tinta. La escritura de la Historia patria en Colombia, 1850-1908*. Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Cardona Z., P. (2019). El pasado como modelo a imitar. Relaciones entre historia y memorias, siglo XIX colombiano. *Co-Herencia*, 16(31), 291-319. <https://doi.org/10.17230/co-herencia.16.31.9>.
- Cardona Z., P. (2021). De un bello pensamiento filosófico a una acción específica: la paz en las memorias de Ángel Cuervo y Tomás Cuenca sobre la Guerra de 1859-1862. *Co-Herencia*, 18(34), 347-369. <https://doi.org/10.17230/co-herencia.18.34.12>.

- Cardona Zuluaga, P. (2022). Hordas feroces, víctimas y beligerantes. Colombia en la guerra de 1859-1862 o la guerra por las Soberanías. *Historia Caribe*, 17(41), 149-175. <https://bit.ly/40vPnHw>.
- Castillo Gómez, A. (2003). Historia de la cultura escrita: ideas para el debate. *Revista Brasileira de História da Educação*, (5), 93-124. <https://bit.ly/3AoqO4G>.
- Charle, C. (2009). *El nacimiento de los intelectuales* (H. Cardoso, Trad.). Nueva Visión.
- Chartier, R. (1994a). *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII* (V. Ackerman, Trad.). Gedisa.
- Chartier, R. (1994b). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (M. Armiño, Trad.). Alianza.
- Chartier, R. (2004). Lecturas y lectores “populares” desde el Renacimiento hasta la época clásica. En R. Chartier y G. Cavallo (Dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* (pp. 469-493; M. Barberán, Trad.). Taurus.
- Chartier, R. (2006). ¿Qué es un libro? En R. Chartier (Ed.), *¿Qué es un texto?* (pp. 9-35). Círculo de Bellas Artes.
- Chicangana-Bayona, Y., Pérez, M. C. y Rodríguez, A. M. (Comps.). (2019). *El oficio del historiador. Reflexiones metodológicas en torno a las fuentes*. Universidad de los Andes.
- Chinchilla Pawling, P. (2014). Las “formas discursivas”. Una propuesta metodológica. *Historia y Grafía*, (43), 15-40. <https://www.scielo.org.mx/pdf/hg/n43/n43a2.pdf>.
- Colmenares, G. (2008 [1987]). *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (5.ª ed.). Tercer Mundo.
- Curtis Jr., L. P. (2003 [1970]). *El taller del historiador* (J. J. Utrilla, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Darnton, R. (2008). ¿Qué es la historia del libro? *Prismas*, 12(2), 135-155. <https://bit.ly/40zRji2>.
- Devoto, F. (2008). La construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay: las historias nacionales de Varnhagen, Mitre y Bauzá. En C. Altamirano (Dir.) y J. Miers (Ed.), *Historia de los intelectuales*

- en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo (pp. 269-289). Katz.
- Devoto, F. y Pagano, N. (2009). *Historia de la historiografía argentina*. Sudamericana.
- Dosse, F. (2003). *Michel de Certeau. El caminante herido* (C. Mascarua, Trad.). Universidad Iberoamericana.
- Dosse, F. (2006). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual* (R. F. Tomás, Trad.). Universidad de Valencia.
- Dosse, F. (2011). *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*. Universidad Iberoamericana.
- Farro, M. (2018). Ciencias del archivo, lenguas indígenas argentinas y tecnología de papel: las bibliotecas personales como espacio de producción erudita en la antropología argentina, 1860-1910. En C. Aguirre y R. Salvatore (Eds.), *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina: siglos XIX y XX* (pp. 225-249). Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Fish, S. (2012). ¿Hay algún texto en esta clase? En E. Palti (Ed.), *Giro lingüístico e historia intelectual*. Stanley Fish, Dominick Lacapra, Paul Rabinow y Richard Rorty (pp. 217-236). Universidad Nacional de Quilmes.
- Foucault, M. (1999). ¿Qué es un autor? En *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales, Vol. I* (M. Morey, Trad., pp. 329-360). Paidós.
- González Bernaldo de Quiroz, P. (2008). *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*. Fondo de Cultura Económica.
- Groot, J. M. (1889). *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada, escrita sobre documentos auténticos* (3 vols.). Imprenta de M. Rivas.
- Halperín Dongui, T. (1996). *Ensayos de historiografía*. El Cielo por Asalto.
- Hartog, F. (2007). Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo. Universidad Iberoamericana.
- Kohut, K. (Comp.). (2009). *El oficio del historiador. Teorías y tendencias de la historiografía alemana del siglo XIX*. Herder.
- Koselleck, R. (2005). *historia/Historia* (A. Gómez Ramos, Trad.). Trotta.

- Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social* (L. Fernández Torres, Trad.). Trotta.
- Krauze, E. (2007). *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*. Tusquets.
- Macintyre, S., Maiguashca, J., & Pók, A. (Eds.). (2011). *The Oxford History of Historical Writing. Volume 4: 1800-1945*. Oxford University Press.
- Maiguashca, J. (2011). Historians in Spanish South America: Cross-References between Centre and Periphery. En S. Macintyre, J. Maiguashca & A. Pók (Eds.), *The Oxford History of Historical Writing. Volume 4: 1800-1945* (pp. 463-487). Oxford University Press.
- Malerba, J. (1996). *A velha história, teoria, método e historiografia*. Papirus.
- Malerba, J. (2006). *A história escrita. Teoria e História da Historiografia*. Contexto.
- Mejía, S. (2007). *La revolución en letras. La Historia de la Revolución de Colombia de José Manuel Restrepo (1761-1863)*. Universidad de los Andes y Universidad EAFIT.
- Mejía, S. (2009). *El pasado como refugio y esperanza. La Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada de José Manuel Groot*. Universidad de los Andes, Instituto Caro y Cuervo.
- Melo, J. O. (1996). *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas*. SEDUCA.
- Melo, J. O. (2020). La literatura histórica en la república. *Colombia es un tema*. <http://www.jorgeorlandomelo.org/historiografia2.htm>.
- Mendiola, C. (2019). Distinción y relación entre la teoría de la historia, la historiografía y la historia. En A. Mendiola Mejía (Coord.), *La historiografía: una observación de observaciones* (pp. 16-28). Ediciones Navarra.
- Mills, C. W. (1969). *La imaginación sociológica* (F. M. Torner, Trad.). Instituto del Libro.
- Mollier, J.-Y. (2013). *La lectura y sus públicos en la Edad Contemporánea. Ensayos de historia cultural en Francia* (V. Goldstein, Trad.). Ampersand.

- Monlau, P. F. (1864). *Elementos de Literatura ó Tratado de retórica y poética para uso de los institutos*. Quinta edición. Revista, corregida y aumentada. Librería de Hernando. [Versión digital: <https://bit.ly/4ITs9we>].
- Moradiellos, E. (2003). *El oficio de historiador*. Siglo XXI.
- Oddone, J. A. (1959). La historiografía uruguaya en el siglo XIX. Apuntes para su estudio. *Revista Histórica de la Universidad*, (1), 3-37. <https://bit.ly/3ArOtR3>.
- Palti, E. J. (1996). Imaginación histórica e identidad nacional en Brasil y Argentina. Un estudio comparativo. *Revista Iberoamericana*, 62(174), 47-69. <https://doi.org/10.5195/reviberoamer.1996.6319>.
- Peres de Oliveira, S. M. (2012). A querela de Clio: As tensões e os diálogos entre os Institutos Históricos e Geográficos do Brasil e da região do Prata, 1838-1852. *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, (454), 115-156. <https://bit.ly/43Zb3P0>.
- Petrucci, A. (1999). *Alfabetismo, escritura, sociedad* (A. Castillo Gómez, Trad.). Gedisa.
- Petrucci, A. (2011). *Libros, escrituras y bibliotecas* (F. M. Gimeno Blay, Trad.). Universidad de Salamanca.
- Plaza, J. A., de (1850a). *Memorias para la historia de la Nueva Granada, desde su descubrimiento hasta el 20 de julio de 1810*. Imprenta del Neogranadino.
- Plaza, J. A., de (1850b). *Compendio de la historia de la Nueva Granada desde antes de su descubrimiento hasta el 17 de noviembre de 1831. Para el uso de los colejos i las escuelas nacionales i particulares de la República, i adoptado como testo de enseñanza por la dirección jeneral de instrucción pública*. Imprenta del Neogranadino.
- Pomian, K. (2007). *Sobre la historia* (M. Martínez Solimán, Trad.). Crítica.
- Presser, J. (2010 [1988]). *Ashes in the Wind: The Destruction of Deutch Jewry*. Souvenir Press.
- Restrepo, J. M. (1827). *Historia de la revolución de la República de Colombia* (10 vols.). Librería Americana.

- Rezende Martins, E., de y Pérez Brignoli, H. (2006). *Historia General de América Latina Vol. IX. Teoría y metodología de la Historia de América Latina*. UNESCO.
- Ricœur, P. (2006 [1985]). El mundo y el mundo del lector. *En Tiempo y narración III. El tiempo narrado* (4.ª ed., pp. 864-900; M. Maceiras, Trad.). Siglo XXI.
- Rodrigues, J. H. (1949). *Teoria da História do Brasil. (Introdução Metodológica)*. Instituto Progresso Editorial.
- Rodrigues, J. H. (1952). *A pesquisa histórica no Brasil. Sua evolução e problemas atuais*. Instituto Nacional do Livro.
- Rodrigues, J. H. (1965). *História e historiadores do Brasil*. Fulgor.
- Rodrigues, J. H. (1970). *História e Historiografia*. Vozes.
- Rodríguez Ávila, S. (2017). *Memoria y olvido. Usos públicos del pasado en Colombia, 1930-1960*. Universidad del Rosario y Universidad Nacional de Colombia.
- Samacá Alonso, G. (2011). Las Academias de Historia como objeto de reflexión histórica en Colombia: notas para un balance historiográfico. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 16(1), 253-280. <https://bit.ly/40zajgT>.
- Samacá Alonso, G. (2015). *Historiógrafos del solar nativo. El Centro de Historia de Santander, 1929-1946*. Universidad Industrial de Santander.
- Samacá Alonso, G. (2019a). “La labor historial de Ibáñez”: escritura, circulación, lecturas e institucionalización de la historia patria desde Bogotá, 1878-1923. [Tesis doctoral, El Colegio de México]. <https://bit.ly/3UWtsrX>.
- Samacá Alonso, G. (2019b). Prensa y divulgación de la historia patria en Colombia: la obra de Pedro María Ibáñez en publicaciones literarias e ilustradas, 1882-1919. *Co-herencia*, 16(31), 323-355. <https://doi.org/10.17230/co-herencia.16.31.10>.
- Sansón Corbo, T. (2011). *El espacio historiográfico rioplatense y sus dinámicas (siglo XIX)*. Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires “Dr. Ricardo Levene”.

- Sansón Corbo, T. (2015). *Despertar en Petrópolis. Andrés Lamas y la influencia de Brasil en la Historia de los Estados de la Cuenca del Plata en el siglo XIX*. Sicut Serpentes.
- Sansón Corbo, T. (2019). *El adiós a los grandes maestros. Juan E. Pivel Devoto y la Historia en América en las décadas definitivas (1930-1950)*. Archivo General de la Nación.
- Sansón Corbo, T. (2020). Cartas para la Historia. El epistolario de Juan Pivel Devoto y la historiografía rioplatense. *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, (11), 279-285. <https://bit.ly/3mPzVs8>.
- Sansón Corbo, T. (2021a). Francisco Franco, Alfredo Stroessner y sus amanuenses. Contribución para un estudio sobre la escritura de la historia en contextos autoritarios. *Confluente. Rivista di Studi Iberoamericani*, 13(1), 321-357. <https://doi.org/10.6092/issn.2036-0967/13108>.
- Sansón Corbo, T. (2021b). Entre cruzadas y mesianismos. Alfredo Stroessner, Francisco Franco y la legitimación histórica. *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, (26/27), 271-305. <https://doi.org/10.53872/2422.7544.n26/27.33561>.
- Sansón Corbo, T. (2022). Las historiadoras paraguayas. Contribución para el conocimiento de sus aportes al estudio del pasado nacional (1898-1970). *Historia Paraguaya. Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia*, LXII, 229-272. <https://bit.ly/41xb9fn>.
- Sansón Corbo, T. (2023). Mujeres en la configuración del campo historiográfico argentino (1900-1960). *Revista Reflexiones*, 102(2), 1-20. <https://doi.org/10.15517/rr.v102i2.50343>.
- Sapiro, G. (2016). *La sociología de la literatura* (L. Fólica, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Silva, R. (2002). *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*. Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Silva, R. (2015). *Cultura escrita, historiografía y sociedad en el Virreinato de la Nueva Granada*. La Carreta Histórica.
- Skinner, Q. (2007). *Lenguaje, política e historia* (E. Rinesi, Trad.). Universidad Nacional de Quilmes.

- Smith, B. (2021). *El género de la historia. Hombres, mujeres y práctica histórica*. Universidad Nacional de Quilmes
- Soza, F. (2013). La historiografía latinoamericana. En J. Aurell, C. Barrameda, P. Burke y F. Soza, *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico* (pp. 341-438). Akal.
- Thérenty, M.-È. (2013). *La invención de la cultura mediática. Prensa, literatura y sociedad en Francia en el siglo XIX*. Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora.
- Tovar Zambrano, B. (1997). Porque los muertos mandan: el imaginario patriótico de la historia colombiana. En C. M. Ortiz Sarmiento y B. Tovar Zambrano (Eds.), *Pensar el pasado* (pp. 125-169). Universidad Nacional de Colombia y Archivo General de la Nación.
- Van Horn Melton, J. (2009). *La aparición del público durante la Ilustración europea* (R. García, Trad.). Universidad de Valencia.
- Wasserman, F. (2008). *Entre Clío y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*. Teseo.
- Zermeño, G. (2009). Historia, experiencia y modernidad en Iberoamérica, 1750-1850. En J. Fernández Sebastián (Dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850. Iberconceptos I* (pp. 551-579). Fundación Carolina, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Archivos

Biblioteca Nacional de Colombia

- Fondo Cuervo 1272. Blair, H. (1834). *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras por Hugo Blair. Cuarta edición aumentada con el Tratado de lo sublime por Casio Longino. Tomo I*. Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo.
- Fondo Pineda 303. Triana, J. M. (1851). *Manual para los preceptores de enseñanza primaria e instrucción moral y religiosa por José María Triana*. Imprenta del Neo-Granadino por Rubinet y Ovalles.